

SCHWARTZENBERG, Roger Gérard, *L'Etat spectacle. Essai sur et contre le Star System en politique*, París, Flammarion, 1977, 318 pp.

Resulta verdaderamente apasionante, además de ilustrativo, penetrar en el *L'Etat spectacle* del joven profesor y político francés Roger Gérard Schwartzberg, en una época caracterizada por una creciente presencia del Estado en la vida económica y social, en nuestras naciones, y una creciente presencia estatal en la vida de la colectividad que si bien obedece con frecuencia a un reclamo de justicia social, en otras ocasiones no es sino un reflejo de la sed de poder de sus gobernantes.

La sociedad contemporánea se ha declarado abiertamente en favor de una cruzada por la democracia; lo mismo sucede en los países industrializados de Occidente, que en los países que están en vías de desarrollo, de las distintas latitudes del planeta. El problema eterno del Estado consiste en encontrar la fórmula que le permita ejercer el poder legítimamente. "Gobernar también es convencer", dice Schwartzberg.

El poder legítimo es aquel que tiene su origen en la voluntad mayoritaria de la ciudadanía y que logra mantener o, en el mejor de los casos, acrecentar este consenso, durante el ejercicio del poder.

La evolución de los medios de comunicación masiva, la sociedad de masas y de consumo, son elementos comunes que caracterizan a la sociedad contemporánea. La política, el ejercicio del poder, no se puede abstraer de estos elementos sociales; para incorporarse a una sociedad con estas características, es preciso que recurra al mismo lenguaje que domina a la sociedad: el lenguaje comercial, el lenguaje espectacular.

Actualmente, participar en una campaña electoral significa, en gran medida, "vender" a un candidato. Construir una imagen de mercado del candidato y, a partir de un estudio de la misma naturaleza, "vender la imagen" del candidato que desea —o que debe comprar— el consumidor, en las urnas electorales.

Otro de los elementos centrales que caracterizan al Estado contemporáneo es la gran concentración del poder en manos del Ejecutivo. El dinamismo de los fenómenos político, económico, social, así como de las relaciones internacionales, exigen contar con centros de decisión ejecutivos, fuertes, estables y dinámicos. Características que "sólo" un órgano unipersonal puede garantizar, con eficiencia. Cada vez más, el Estado es el titular del Ejecutivo.

En estas condiciones, el personaje político que se debe de "vender" con mayor cuidado y que debe mantener su popularidad ante el público, es justamente el aspirante a ejercer la titularidad del Ejecutivo.

Las características de nuestra sociedad de masas, consumidora y con

medios electrónicos de comunicación, hacen que la lucha por el poder se convierta en un espectáculo. El mejor de todos, el más impresionante, el más llamativo, el que logre convencer al consumidor y que logre ganar las preferencias del público.

Este es el punto de partida del análisis de Schwartzberg. En otros tiempos, el poder era una abstracción. Un concepto frío e impersonal, reservado para juristas severos que sólo querían conocer las constituciones y los códigos. El poder era casi anónimo.

Actualmente, el poder tiene un rostro: el del dirigente que lo ejerce. El arte político se convirtió de abstracto, en figurativo. El poder se humaniza, se anima y cobra vida. El poder se personaliza.

Un dirigente representa el poder, lo representa bajo una forma visible. El dirigente encarna el poder: lo cubre de una imagen corporal, dándole a esta abstracción de una forma humana, material y sensible.

Los términos representar, encarnar, pertenecen también al mundo del espectáculo; así, De Gaulle encarna a Francia.

Con la tradicional metodología impecable del investigador francés, Schwartzberg desarrolla su análisis en tres grandes apartados: "Los personajes, el espectáculo y el público". Cada uno de ellos desglosados minuciosamente en diversos capítulos a través de los cuales plantea una hipótesis, la confronta con la experiencia histórica de los países y sistemas más importantes del planeta y nos lleva a conclusiones fascinantes que, a pesar de estar frente a nuestra realidad cotidiana, no acabamos de identificar, no acabamos de comprender, no acabamos de asimilar.

"El Estado espectáculo" contiene un análisis que vincula las tradicionales teorías sobre el ejercicio del poder, con toda su seriedad, con toda su rigidez; con una ilustración impecable de la realidad del ejercicio del poder de los últimos tiempos.

El análisis de Schwartzberg no se limita a la descripción fría y lejana de la ciencia política o de la teoría del Estado, él la encarna, le da cuerpo, la cubre de formas históricas que contribuyen a mejor comprender la "puesta en escena" del arte de gobernar en nuestros días.

"El Estado espectáculo" es un análisis crítico. Una crítica fundada y respaldada por un sólido conocimiento científico, que aplicado a la interpretación de la realidad, logra subrayar los abruptos del Estado contemporáneo y de sus principales personajes, de sus primeros actores: nuestros gobernantes.

La personalización del poder no pertenece al campo institucional, sino a la psicología de masas. Un personaje simboliza la nación, el Estado o el partido. Él representa el poder del grupo que él encarna.

Buscar qué hay detrás de una campaña presidencial, descubrir qué

logra concluirla exitosamente, o qué la llevó al fracaso. Saber que el candidato triunfador es el hombre de su tiempo, "el producto" esperado, o aquel que se logra imponer a las necesidades de los mismos electores. Comprender el porqué de su prolongada estancia en el poder, o bien de su efímero tránsito por él. Acompañar el análisis científico y teórico con la historia de los hermanos Kennedy, de Charles de Gaulle, de Jean-Pierre Trudeau, de Helmut Schmit, de Harold Wilson, de James Callaghan, entre otros, nos permite comprender mejor los fenómenos políticos, observando su lado humano. Aquel que corresponde a las características del gobernante, de su campaña electoral y de su gobierno y, por otra parte, a las del pueblo que gobierna: su historia, sus características, sus necesidades, sus carencias y sus aspiraciones.

Un gobierno no es otra cosa que la resultante de la relación entre el gobernante y sus gobernados. El Estado deja de ser un concepto para pasar a ser una realidad vivida cotidianamente por hombres, unos que ordenan y dirigen y otros que obedecen, aceptan, toleran, pero que también aplauden, apoyan y mantienen el poder.

El problema del ejercicio del poder no es simple y su análisis no puede hacerse de manera unívoca o unidimensional. Implica todas las complejidades del ser humano, del hombre de la calle y de una sociedad cada vez más compleja e imbricada con sus necesidades, aspiraciones, ambiciones y egoísmos.

Comprender la realidad del Estado contemporáneo también es conocer y tratar de comprender a Georges Pompidou, a Richard Nixon, a Olof Palme, a Margaret Thatcher, a Indira Gandhi a Golda Meir y al pueblo que ellos concretamente gobernaron en un tiempo y espacio determinados.

La política se convierte en un espectáculo; con frecuencia en un *one man show*. Con la personalización del poder, el mundo de la política descansa, como en el espectáculo, sobre el *star system*. Todo se borra —los partidos, los programas— detrás de las "supervedetts", que se distribuyen los grandes estelares.

Es el héroe: De Gaulle, Mao, Stalin, después Brejnev o Amin. Es "el señor como todo el mundo": Pompidou, Ford, Carter. Es el líder carismático: Kennedy, Trudeau, Giscard D'Estaing; o bien es el padre: Raymond Barre.

Estas "estrellas" inventan la política; la política hecha sobre medida por los medios de comunicación masiva (prensa, radio, televisión). Con frecuencia se inspiran del teatro o del cine. Con frecuencia agencias publicitarias fabrican su imagen de marca.

De todo ello resulta que el ciudadano se transforma en un simple

espectador de un poder en representación. Se convierte en el testigo pasivo y manipulado de esta exhibición permanente. De esta manera muere la democracia. Es preciso eliminar, de urgencia, al Estado espectáculo. Esta tarea nos corresponde a cada uno de nosotros, porque la política es un asunto que a todos nos corresponde.

El hombre en el poder, con regularidad, no distingue sistemas políticos. Es el mismo en la democracia estadounidense, que en la socialdemocracia sueca, que en el totalitarismo soviético o en los sistemas económicos menos desarrollados de India, Argentina o México.

“El Estado espectáculo” es un libro moderno, de una intensa actualidad que nos ayuda a comprender nuestra cotidiana realidad, estemos en América, en Europa, en Asia o en África. El mundo contemporáneo está profundamente interrelacionado, es interdependiente y las influencias se ejercen en todas direcciones y sentidos. El hombre de todos los tiempos y lugares ha tenido, siempre, problemas comunes y ha observado importantes constantes. El ejercicio del poder estatal es uno de esos problemas comunes, una de esas grandes constantes y motivo permanente de influencias, que no tienen origen y que transitan el mundo sin un destino final.

Ciertamente “El Estado espectáculo” no considera la realidad específica de los distintos países. Toma a los más significativos como ejemplos que pueden ilustrar realidades que se reproducen en otras latitudes.

México aspira a la modernidad y a la democracia. A depurar su sistema de gobierno y a conquistar día a día la legitimidad de su gobierno. Problema que se agudiza en tiempos de crisis. De una crisis que no es solamente de carácter económico o de flujo de capitales; es una crisis política y social, que exige reacomodos importantes de las distintas clases sociales, así como de nuestras instituciones y procesos sociales.

En México también el presidente de la República es un personaje y el partido su aparato publicitario y comercial. En México, el ejercicio del poder es también un espectáculo, cuyas reglas —las visibles y las ocultas— es preciso conocer y profundizar, para producir el cambio indispensable para lograr que el Estado y sus personajes, representen la gran obra que los mexicanos esperamos de ellos, que los mexicanos debemos exigir.

“El Estado espectáculo” es una obra que demuestra que es posible que la ciencia —en este caso la política— descienda al análisis de realidades concretas y universales, para lograr, a partir de un ejercicio objetivo, establecer reglas y principios de interpretación que nos permitan

conocer mejor nuestra realidad para conducirla hacia los senderos del perfeccionamiento de la vida social y de sus instituciones.

Francisco Javier OSORNIO CORRES

TOMASIC, Roman, *The Sociologie of Law, Trend Report*, Londres, Sage Publications, 1985, 275 pp.

El trabajo de Tomasic, publicado como número monográfico de la revista *Curlent Sociology*, volumen 33, número 1, consta de dos partes. La primera es un balance crítico de lo que el autor considera las principales tendencias de la sociología del derecho durante los últimos diez años. En segundo término encontramos una bibliografía que contiene aproximadamente 1000 referencias de libros y artículos recientes en esta misma disciplina. A pesar de la amplitud del trabajo, el autor advierte que su reporte no tiene por objeto mostrar el conjunto de las investigaciones recientes en materia de sociología del derecho, sino únicamente poner en evidencia un número limitado de las preocupaciones constantes de los sociólogos del derecho, proponiendo así al lector una muestra de la diversidad de la disciplina, y de los intereses teóricos y prácticos que se encuentran en los temas de investigación.

Dentro de la exposición de Tomasic encontramos dos argumentos centrales. El primero consiste en señalar la dificultad que ha encontrado la sociología del derecho en generar aportaciones teóricas. Esta situación, explica el autor, se debe en parte a la diversidad de los orígenes profesionales de los investigadores, muchos de los cuales tienen además un interés limitado a un tema específico. Otra razón es el carácter instrumental de muchas de las investigaciones. Por esto las aportaciones teóricas provienen con frecuencia de campos de conocimiento externos a la sociología del derecho. Asociado con esto último, existe el problema mayor: la unión entre el trabajo teórico y la investigación empírica.

El segundo argumento de Tomasic es afirmar que durante los años 70 la sociología del derecho se ha internacionalizado. Esta etapa superaría un período "europeo" (que corresponde a los trabajos clásicos de Durkheim, Weber, Ehrlich, Pashukanis, Gurvitch y otros) y a un segundo período dominado por un paradigma empírico de origen estadounidense. La tesis subyacente del autor parece sugerir que a través del trabajo internacional la disciplina ha alcanzado su madurez. En nuestra opinión este aspecto merece ser matizado.